



Dossier
Acabo de mundo



K
E
M
Y
O
Y
A
R
Z
Ú
N

Introducción al Dossier “Acabo de mundo”

**Crónica de Pilar Errázuriz¹ luego de una visita (10 de abril)
a la Región de Lolol, Cerro La Vega, damnificada por el
terremoto del 27 de febrero 2010.**

Entrevista a María Elba.

Programa “La U por Chile”²

“Acabo de mundo” me comunica María Elba hablando muy bajito casi sin modular. También dice que se cumplió la profecía y que el día se volvió noche luego del remezón. Salía humo de la tierra o quizás fuera la huella del adobe que se despedía. “Así lo quiso el Tata Dios, y mi marido y yo, calladitos, calladitos no más”.

Sentada junto al fuego de carbón que sostiene una reliquia de aluminio que cocina porotos con mote, María Elba me cuenta un sueño que tuvo después del terremoto: “soñé que estaba arriba de un peral y caían las peras y se las iban a comer los animales. Yo no recogía ni una”. Casi ochenta años debe tener María Elba: ella ignora su edad. “¿Qué piensa del sueño?”, le pregunto, y enseguida me dice “igual que no recogí ni una pera en el sueño, nosotros no tuvimos ninguna ayuda pa’l terremoto”. Las peras fueron para otros, o no fueron para nadie. Al menos en La Vega parecía que hubo pocas peras para los vecinos. El cerro, lejos del pueblo, exhibe casas despanzurradas, grietas como bocas desdentadas, techos decapitados que dejan pasar el sol y muy pronto, el frío y la lluvia. Poca ayuda o ninguna si no es de los más cercanos, de los parientes, de quienes siempre vivieron allí.

María Elba nació del otro lado del cerro y al casarse se mudó a este lado, a La Vega, de donde no ha salido nunca. La Vega tiene un nombre que evoca una tierra de jauja, frutales, arbustos fragantes, sembradíos de tomates, cilantro y perejil. Pero la tierra está cansada murmura María Elba y su mirada recorre los peladeros del entorno que solo distraen los espinos. La pasividad se ha apoderado de las mujeres que en otro momento cuidaban sus

propios cultivos. Hoy, las hortalizas vienen en camioneta cada semana, apenas es necesario bajar al pueblo, se ha hecho costumbre la soledad.

Los hombres, por su parte, trabajan en los hornos. Los hornos se los tragan, me dice María Elba. Así murieron dos de sus hermanos y su hijo quedó perjudicado de la cabeza por que le entraron los gases. Pregunto qué hornos, los que hacen carbón, carbón de espino de los árboles que crecen en los cerros, árboles que empobrecen y envenenan la tierra. Los hornos son de barro, grandes como una sala de estar y los hombres apalean la madera para apagar la llama y dejarla en lenta combustión. A veces derrumbes, a veces los gases, a veces muerte. El terremoto se asemejaba a un horno de carbón. Primero, el ruido como de trueno, luego la tierra amenaza con abrirse, después el humo, o el polvo. En cualquier caso, humo, polvo, o nube de adobe, se cumplió la profecía: el día se tornó en noche.

Jóvenes, familiares y visitantes, levantan la mediagua de rigor ante la mirada de María Elba. Quien sabe lo que espera de este loco trajín. Mujeres y hombres miden, cortan, clavan. Bromean y ríen. Opinan y construyen. Todos opinan menos ella. Calladita, calladita no más, mira los restos de su casa de adobe, un único muro con ventanas azules aún en pie, su casa que un día fue grande, sólida y digna. Luego, entra en la mediagua a medio construir la cual se levanta en el terreno donde un día tuvo un huerto, un jardín, un cultivo, que ahora es de tierra seca. Al interior, ya han colocado las camas, la suya y la de su marido: aunque apenas caben, al menos dejan un pasillo junto a la ventana que están lijando y otro frente a la puerta de entrada. Ella pasa la mano como estirando la colcha bordada que se está llenando de virutas de aserrín. María Elba me presenta al menor de sus hijos que ha llegado en una moto roja, radiante echando petardos como de fiesta. Orgullosa, me dice que trabaja en un horno, pero no de los nefastos, sino en un horno de secar ciruelas, más saludable; eso sí que el trabajo es duro porque es de noche. De día, trabaja en la mediagua con los voluntarios que no son muchos. Otro hijo de María Elba se acerca, otro y otro más. Su yerno y su hija. De las instituciones, la que pone el hombro es la más cercana: el grupo familiar. Para la ayuda del Estado, habrá que esperar. Las cosas de palacio van despacio.

Al día siguiente, la misa de Cuasimodo reúne a los habitan-

tes. María Elba no baja al pueblo, sigue junto a su cacerola de viejo aluminio. “Cocinar es destino mío” dice sin resentimiento, más bien con expresión picaresca, diría que gozosa. Muy atribulada estaba cuando perdió el apetito después del susto y ayunó una semana entera. A ella que le gustan tanto los porotos con mote. El aroma que nos envolvió mientras hablábamos le causó una sonrisa que disimuló con pudor ¡Cómo permitirse traicionar tanta tristeza con un pequeño goce banal;

El domingo a mediodía mientras María Elba cocina en el cerro de La Vega los porotos con mote, la Iglesia reúne huasos a caballo, cantores a lo divino, hombres, mujeres y niños en misa solemne con tres sacerdotes. Como condimento y coincidiendo perfectamente con los acontecimientos, el cura del pueblo nos ilustra sobre el Apocalipsis. Su lectura hace planear sobre las cabezas atribuladas los siete ángeles, los siete sellos, las siete plagas. Lo del acabo de mundo y el cumplimiento de la profecía no son solo rumores de la gente del cerro. Se dispensaron en la prédica ilustrativas imágenes para explicarse lo inexplicable. Fuego, trompetas, destrucción. Los huasos recios temblaron, las mujeres se santiguaron, los niños se encogieron.

María Elba lo tuvo claro desde el mismo día del suceso y estuvo conforme con el Tata Dios: ¿será que la tierra merece tanto castigo? Por eso estuvo calladita, calladita no más. Sin embargo, el placer trivial de saborear los porotos con mote aún le provoca una sonrisa y aunque confiesa que el fuego del brasero le desvanece la cabeza, sigue revolviendo la vieja cacerola como para un festín. El acabo de mundo no acabó con la dimensión de su deseo y con la dimensión de su placer. Aunque no pudo recoger peras, y vio cumplirse la profecía, un resquicio de bienestar subsiste y posiblemente le recuerde su infancia al otro lado del cerro de La Vega: el aroma del guisado confundido entre las brasas del carbón y el respaldo de su grupo familiar. El Tata Dios aprieta pero no ahoga. Después de todo, el carbón de los hornos funestos es el mismo del brasero que produce el buen olor.

Mientras las familias de La Vega se agrupan tejiendo nuevamente la red social, se rumorea que pululan jóvenes afuerinos que se pretenden ángeles asistenciales. No hablan con la población, tan ocupados están en su heroica tarea: construir minúsculas mediaguas en que con suerte cabe una cama. No como la mediagua de María Elba cuya construcción ha supervisado su

familia y al menos cuenta con dos ambientes mientras espera una pronta ampliación. Los voluntarios de La Vega, mujeres y hombres dirigentes sindicales han compartido con ella los porotos con mote, clavos, martillos y formón. María Elba, aunque silenciosa, no parece excluida: con un gesto me muestra la plancha aislante que están colocando en las paredes luego de estirar la colcha bordada de su cama. Percibo un sentido de posesión satisfecha en su mirada y en su gesto. Quizás algún día pueda llegar a sentir la nueva construcción como su casa. Después de todo guardará la memoria de un encuentro: los martillazos y las risas de su hijo el de la moto, de su yerno, y de toda la familia con el buen humor de los afuerinos que se allegaron como uno más.

Testimonio particular de un rincón de Lolol que desmiente los aires hegemónicos disfrazados de condescendencia que soplan sobre las ruinas de muchas de las regiones de nuestro país. Poblaciones pasivas, inmóviles y silenciadas son testigos del quehacer frenético de los ángeles asistenciales que educadamente mantienen sojuzgada la ciudadanía de los pobladores: como si no existieran su deseo, sus derechos, su opinión. El dossier que presentamos en *Nomadías* es un testimonio crítico de la intervención invalidante de los generosos reconstructores. Cabe preguntarse qué es lo que reconstruyen ¿el tejido social? ¿Las viviendas? o más bien, ¿zurcen acaso el discurso de la dominación por si se hubiera deshilachado con tanta calamidad?

Dilucidarlo, es la propuesta de nuestro Dossier.

Nota

- 1 Académica de la Universidad de Chile
- 2 Programa la U por Chile....